







ORACION FUNEBRE

DE DON JUAN DE LOS RIOS

EN LA ALDEA DE JOSEFA AMALIA

DE SIONIA

**ORACION FUNEBRE.**



ORACION FÚNEBRE

DE LA MUY VIRTUOSA REINA  
DOÑA MARIA JOSEFA AMALIA  
DE SAXONIA

Q. E. P. D.

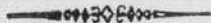
PRONUNCIADA

EN LA CAPILLA DE LA REAL UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EL DIA 10 DE JULIO DE 1829

POR

*el P. M. Fr. Mariano Cuevas,  
Dr. en Sagrada Teologia, y Abad  
del Colegio de S. Bernardo.*



SALAMANCA:

EN LA OFICINA DE DON JUAN VALLEGERA,  
IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD.



ORACION FUNEBRE

DE LA MUY VIRTUOSA SEÑORA

DOÑA MARIA JOSEFA AMALIA

DE SAZONIA

9 3 7 6

*Et erat in omnibus famosissima, quoniam  
timebat Dominum valde, nec erat qui lo-  
queretur de illa verbum malum.*

Judith, c. 8. v. 8.

FOR

de la Señora Doña Mariana de  
de la Señora Doña Mariana de  
de la Señora Doña Mariana de

—————

CAJAMARCA

EN LA OFICINA DE DON JUAN VALLEJO  
IMPRESOR DE LA CIUDAD



(\*)

to a publicar que ya no existiese

---

vigor de la juventud, toda la brillantez  
y magestad del Trono, todo el aliento  
de un

**ILLMO. SEÑOR:**

dición y algunas de las razones solo  
habian de servir para hacer mas sólido  
el triunfo de la misma

**P**ocos meses há, que defendiendo en esas Aulas una causa noble, <sup>1</sup> llamé en su apoyo á la REINA, que sentada sobre el Trono Español habia colocado á sus lados las letras, y las virtudes.

Llena entonces de salud y de esperanzas, hallándose aun en la primavera de su vida, y contando apenas cinco lustros de edad, ¿cómo habia de creer yo, que la muerte la designaba ya para el sacrificio, y que mi débil voz que tanto se complacia en sus elogios, vendria lue-

go á publicar que ya no existe?

¿Cómo habia de creer, que todo el vigor de la juventud, toda la brillantez, y magestad del Reinado, todo el afecto de un Monarca poderoso, todas las bendiciones y aplausos de los Pueblos solo habian de servir para hacer mas solemne el triunfo de la muerte?

¡Ó inconstancia! ¡Ó fragilidad! ¡Ó nada de las grandezas humanas!

Asi es como todos los dias se cumple á nuestra vista lo que tantas veces nos repiten las Escrituras Santas, que la vida del hombre pasa como la sombra: que llega un instante, en que se desvanecen todos sus pensamientos: que toda su gloria es como la flor de los campos, que se abre por la mañana, y desaparece por la tarde: que en este Mundo todo se gasta, todo perece, todo se acaba:

que solo Dios es eterno, y sus años infinitos.

Asi se justifica Salomon de haber llenado todas las páginas de un Libro con el desprecio de las cosas humanas; y de haber avanzado aquella proposicion tan decisiva, de que habia visto, habia observado, habia gozado de todo cuanto se encuentra bajo del Sol, y no halló mas que vanidad y vanidad.

¿Y que otra cosa sería hoy mi discurso, si le emplease en alabar una vida consagrada á estas mismas vanidades, ó en cubrir con algunos momentos de penitencias dudosas la deformidad de años enteros pasados en la disipacion? Pero gracias al Señor, yo vengo á emplearle en obsequio de una REINA, todavía mas distinguida por sus virtudes, que por sus elevados destinos; de una REINA, que

vivió siempre penetrada de la vanidad de las cosas de la tierra; que empleó toda su vida en prepararse para la muerte; que temió mucho á Dios, y edificó á todos con su egemplo; y para retratarla de un solo rasgo, que con la santidad de sus costumbres honró á los Tronos y á la Religion.

Un siglo, que recoge con placer cuanto puede servirle para desacreditar unos objetos tan sagrados, no ha podido descubrir mancha alguna en su vida, y se vé precisado á ennudecir en su presencia. Este gran prodigio que ha pasado á nuestra vista, me recuerda aquel bello elogio, que el mismo Dios hace de una de las hijas mas ilustres de Israel, diciendo: que tenia gran reputacion entre todos, porque temia mucho al Señor, y no habia quien dijese de ella una mala

palabra. *Et erat in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominum valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.*

Yo aplico sin recelo estas mismas palabras á la muy virtuosa REINA MARIA JOSEFA AMALIA DE SAXONIA.



Aunque el Mundo, según nos dice la Sagrada Escritura, reposa sobre el mal; aunque las páginas de la Historia se hallan ensangrentadas por el furor de las guerras y de los partidos; aunque en todos los siglos se han visto errores, y extravíos, y los tristes efectos de las pasiones, se descubren no obstante algunas épocas, en que parece haberse soltado aquel Angel del abismo, que S. Juan vió encadenar, y tener absoluta libertad para dañar á la tierra y á los hombres. Tal ha sido el último tercio del siglo anterior, ó sean los días de la revolución Francesa. Los que han observado

sus causas, sus efectos, y sus progresos espantosos no pueden menos de confesar que no tiene semejanza con las que hubo en los siglos que la precedieron. No, no fué una rivalidad entre Pueblos ó Naciones; no fué precisamente la ambicion del mando, ó la sed de las conquistas; no fueron tampoco intereses, injurias, ó agravios personales; sino que fué un furor de derripar cuanto habian levantado los siglos; una guerra impía contra todo lo que respetaban los hombres; una conjuracion sacrílega contra aquel que preside en los Cielos, y contra los que hacen sus veces en la tierra, Dios, su culto, sus leyes, su Religion abolidos; los Sacerdotes, los Príncipes, los Reyes proscriptos; el Altar y el Trono enterrados en un mismo sepulcro; y la revolucion triunfante no con-



tenta con haber borrado cuantos signos pudiesen recordar que en Francia se habia adorado á un Dios, y obedecido á un Rey, llevó su frenesí hasta imitar aquellas Tribus bárbaras, que no sacrifican sus cautivos sin cubrirlos de injurias, y de oprobrios.

No hay dicterios, no hay calumnias no hay sarcasmos que la revolucion no, haya empleado para que los objetos que adoraron sesenta siglos, y ella intentó destruir, apareciesen despreciables á los ojos de la posteridad. Las prensas se encargaron de auxiliar sus proyectos; y el escándalo corrió la Europa, atravesó los mares, y penetró hasta los desiertos del nuevo Mundo.

El Gran Dios de los Ejércitos que lo vió, y que para escarmiento de los Príncipes, y de los Pueblos los dejó un

instante abandonados á sí mismos, envió luego su ira; y los principales Actores cayendo unos sobre otros, y precipitándose en los abismos; la Europa cubierta de sangre y de ruinas; todos sus ángulos llenos de montones de cadáveres, sacrificados en los campos de batalla; el nuevo Mundo entregado á todas las furias de la anarquía, son terribles lecciones para que ninguno vuelva á insultar al que tiene en sus manos el rayo, que le despide, ejecuta sus órdenes, y despues de haberlas ejecutado se le presenta otra vez diciendo: *aquí estoy.*

Pero ademas de estos medios destructores que emplea el Señor en su indignacion para enfrenar las pasiones, tiene otros reservados en los tesoros de su Bondad, que dirigiéndose con dulzura al corazon del hombre extraviado le hablan,

le atraen , le persuaden , le convencen , y muchas veces le sanan. Tal es la aparición de aquellas almas extraordinarias , que practicando todas las virtudes hacen amable la Religion : colocadas en los puestos mas elevados del Universo prueban que Dios es , no el hombre , por quien reinan los Reyes ; y que los Tronos donde se santificaron los Enriques , los Luises , y los Fernandos , no son como se ha escrito , el resultado del crimen ó de la barbarie.

MARIA JOSEFA AMALIA ha sido encargada en nuestros tiempos de esta noble mision : ella correspondió á las miras de la Providencia ; y despues se ha ocultado como aquellas aves benéficas que anuncian al navegante dias de bonanza , y desaparecen. Yo no haré una larga enumeracion de los timbres



que ennoblecen su familia : no me perderé en la obscuridad de los tiempos para buscar el origen de la antigua Casa de Saxonia ; y solo diré , que ha dado Príncipes al Imperio , Reyes á la Polonia , Princesas y Reinas á todas las Córtes de la Europa.

Si su gloria padeció un verdadero eclipse cobijando aquella funesta heregía <sup>2</sup> que tantas lágrimas costó á la Iglesia y al Imperio , tambien tiene la de haber vuelto al seno de la verdad abjurando sinceramente el error ; la de haber expiado su falta con un siglo de virtudes eminentes ; y últimamente la de haber producido á la piadosa , á la incomparable AMALIA. Nada mas dulce que el carácter , y la infancia de esta Jóven Princesa.

Al través de las gracias de la edad

se descubrieron desde luego las de una alma llena de candor, y que, segun la expresion de Tertuliano, se podia llamar naturalmente cristiana. Los egemplos domésticos fortificaron estas felices disposiciones; y un Padre <sup>3</sup> á quien la España admiró como modelo de virtud; una Madre <sup>4</sup> que con la sangre de Borbon habia llevado aquella bondad, que va siempre unida con este nombre augusto; un Palacio, en donde todo respiraba piedad y Religion, fueron los primeros Preceptores que imprimieron en su alma aquellas preciosas máximas que no se borraron jamás.

Una Princesa <sup>5</sup> que vió pasar tres generaciones, y á quien la Providencia conservaba en su familia como para perpetuar la piedad que habia recibido de sus Padres, se encargó de perfeccionar

esta educacion, y la inocente **AMALIA** quedó encantada de oír una nueva Maestra, cuyas lecciones iban siempre acompañadas de los egemplos. De este modo se formó, de este modo fué creciendo esta tierna planta, y la estacion de las tempestades la encontró ya tan robusta, que ni aun pudo debilitarla.

Mas no creais, que si los primeros cuidados de la virtuosa Maestra de **AMALIA** se dirigieron á formar su corazon, y á inspirarle amor á la Religion de Jesucristo, descuidase por eso las otras partes que componen la educacion de las que están destinadas para Reinas. **AMALIA** reunió todas aquellas prendas que el Mundo admira en sus Princesas; y si sus grandes virtudes no las hubieran eclipsado, yo alabaría hoy su juicio sólido, su ingenio penetrante, su

imaginación viva y fecunda: yo elogiaría su afición á los libros, sus progresos en las letras, y sus extensos conocimientos en varios ramos de literatura: yo recitaría sus dulces versos, y los compararía con los de aquellas mugeres célebres que honraban á la Grecia en sus mas bellos siglos; pero como todas estas cosas fueron colocadas por Salomon en las filas de la vanidad; como á los ojos de AMALIA no eran mas que desahogos inocentes de la virtud, yo no debo separarme de la línea, que siguió esta gran Princesa.

Su estudio principal era el de la Religion: y cualquiera que lea algunas de sus producciones, no podrá menos de admirar la sublime idea que habia formado de su Moral, y de sus Dogmas; la propiedad con que se explica en unas materias tan elevadas, y sobre todo, aquella

uncion que en vano buscareis fuera de las mansiones de la virtud. Con este estudio aprendió á mirar la vida presente como un tránsito para otra mejor, y á ver todas las cosas de la tierra con aquellos ojos de indiferencia con que mira un caminante las regiones por donde transita.

Los extraordinarios sucesos, que pasaron á su vista, y ocuparon los primeros años de su reflexion, contribuyeron tambien á aumentar este disgusto de las cosas perecederas, y á que únicamente suspirase por aquellas que llevan consigo el sello de la eternidad. AMALIA oyó el ruidoso tránsito de aquellas formidables Legiones, que el Cielo condenó á perecer en los helados climas de la Moscovia: AMALIA vió aquel *Soldado de la revolucion*, á quien la fortuna levantó



hasta su cumbre para estrellarlo contra una roca del Océano: AMALIA notó aquella aparición de Tronos y de Reyes, que existieron un momento, y al instante se perdieron en el olvido; y AMALIA vió tambien presentarse otros, que habian desaparecido en la tempestad.

Su Pátria, <sup>6</sup> su misma familia se vieron envueltas en este torbellino de las cosas humanas, y la Jóven Princesa al paso que levantaba sus manos al Cielo, aprendia á humillarse en la presencia de su Dios, y á inclinar su tierno cuello ante aquel de quien dependen los Imperios, y que dá cuando quiere, grandes y terribles lecciones á los mismos Soberanos. Mas ¿qué es lo que pides, Princesa inocente? ¿Pides que la espada del Señor se retire de las orillas del Elva? Pues ya se ablanda con tus lágrimas, ya

se rinde á tus súplicas, ya se retira: pero ay! que recibe nuevas órdenes, y va á esperarte en las riberas del Tajo, y del Betis!

En efecto: la Saxonia comenzaba á respirar de los grandes sacrificios que le costó su independendencia, y nuestra España á percibir síntomas precursores de nuevas calamidades. Una Reina, que llevaba el nombre y las virtudes de la inmortal Isabel de Castilla, fué entonces arrebatada en la flor de su edad, y el Sucesor de S. Fernando iba á quedar solo en medio de la borrasca, si aquel Gran Dios que le protege, no le hubiera inspirado el buscar una Esposa, que con su piedad y su Religion le consolase en la desgracia. Porque desengañémonos: todas esas teorías que la incredulidad ha inventado para reemplazar los consuelos

que la Religion nos ofrece, podrán servir, si se quiere, mientras todo nos presenta un aspecto risueño, y ningun accidente turba los gozes de la vida; pero en aquellos momentos, en que el Cielo se vuelve de bronce; en que la tierra presenta por todas partes un semblante amenazador; en que las privaciones nos afligen, las enfermedades nos humillan, los amigos nos venden; entonces desaparecen todas esas quimeras, por mas brillantes que sean, y el hombre abandonado á sí mismo, no halla mas recursos que la muerte, ó la desesperacion.

Pero allí, en donde la Filosofia abandona al hombre, la Religion le tiende sus brazos, y consolándole en medio de sus males, le enseña que solamente á ella le es dado el hacernos verdaderamente felices. La compañera, que el

Cielo eligió para suavizar con sus virtudes las desgracias de FERNANDO, fué la Joven MARIA JOSEFA AMALIA. Cualquiera otra se hubiera envanecido al verse elevada á un Trono brillante, y rodeado de memorias gloriosas; pero AMALIA se humilla ante aquel, que dá los Reinos, y los quita: reconoce que Dios es, quien ensalza, y quien abate, quien dá la muerte ó la vida; y si siente algun placer, es por venir á un País célebre por su Catolicismo, y por su amor á las Sagradas Personas de los Reyes: por sentarse en un Trono santificado por el Tercer FERNANDO, y honrado con las virtudes de las Berengüelas, de las Isabelas, y de aquella MARIA AMALIA, que salió de su misma familia para ennoblecer el de Nápoles, y dejar al de España el dolor de haberla poseido po-

cos momentos; y finalmente por unir su suerte con la de un Monarca, á quien la fama representaba ya como un Esposo tierno, y un verdadero Padre de sus Pueblos.

Yo no me detengo en referir las angustias de su corazon al despedirse de aquella virtuosa Tia, y Directora de su infancia; de aquel anciano Monarca, <sup>7</sup> cuyo Cetro era tan suave, y tan respetado de los Pueblos como el del antiguo Néstor; de aquel venerable Padre, que con su sencillez y sus costumbres recordaba los felices tiempos de los antiguos Patriárcas: no os representaré á toda una Córte, <sup>8</sup> compuesta de hombres de diversas sectas, y de diversos cultos, reunirse por esta vez para tributar sus homenajes á la virtud, y deshacerse en lágrimas al contemplar que la gloria de su

País se trasladaba á regiones lejanas: no os recordaré el entusiasmo de todo Español al ver llegar de aquellas tierras sumergidas en las tinieblas del error una Joven, que desde luego manifestó mas fé, mas piedad, mas Religion, que las hijas de Israel; yo me apresuro á representarosla sobre el Trono de nuestros Reyes.

No temais que la nueva REINA desmienta sus principios entregándose á los placeres, y diversiones de la Corte: no temais que orgullosa con su suerte, ó envanecida con sus talentos, quiera tomar parte en los negocios, dirigir con sus manos, todavía tiernas, el timon del Estado, y exponerle á funestos naufragios: no temais, repito, pues AMALIA trae ideas mas exactas de las obligaciones de una Reina. Ella sabe que Dios

ha dado al hombre el vigor, la prudencia, los consejos para gobernar; que poniendo el Cetro en manos de los Reyes, de ellos, y no de otros, exigirá algún dia la responsabilidad; y que solo ha dejado á las Reinas el dulce imperio de los egemplos, y de las costumbres.

Si me preguntais, á qué se reduce este imperio, cuáles son sus fundamentos, cuáles sus leyes? yo abriré los fastos de las Naciones, y presentaré pruebas de que el egemplo de las Reinas es mucho mas poderoso que el de los Príncipes: que si éstos tienen sus defectos, y pagan algun tributo á la débil humanidad, desaparecen á la vista del Trono; pero que si las mismas faltas, ú otras mas ligeras se notan en una Princesa, al momento se publican en todo el Reino, inficionan todas las clases, y en breve

tiempo las costumbres de una Reina son las costumbres del Estado.

AMALIA conocia esta notable diferencia: conocia tambien que esos censores injustos de los Reyes, esos declamadores eternos contra todo lo que se eleva sobre sus innobles cabezas, recogen con furor, no solo las verdaderas faltas, sino un ligero descuido, un desahogo muchas veces inocente, una mirada, ó una palabra cuando mas indiscretas, una accion que vista por cien lados es loable, y solo por uno aparece menos virtuosa; que las interpretan, las comentan, las adulteran, y pintándolas con los negros colores del crimen, las presentan á la multitud diciendo con un aire de insulto: *ved ahí los Principes y Princesas á quienes respetais*; y como si la Religion, que condena todos los vi-



cios, pudiese ser cómplice de algunos, añaden: *tal es la Religion que os manda venerarlos.*

No, no tendreis ya ese miserable placer, detractores impíos! y el nombre de AMALIA repetido á los Pueblos, desvanecerá eternamente vuestras imposturas escandalosas. Las primeras virtudes que la España admiró en su REINA, fueron por desgracia, la paciencia y el sufrimiento. Esto me recuerda con dolor aquellos tristes dias, en que el Cielo volvió á derramar la copa de sus iras sobre nuestro desventurado País; en que olvidados algunos de lo que debian á su Dios y á su Rey, dieron ácia las columnas de Hércules aquel espantoso grito, que resonó en todos los ángulos de la Península; que penetró hasta en el sagrado Alcázar de la Monarquía; y con-

virtió nuestra hermosa Pátria en un vasto teatro de discordias, de ruinas, y desolaciones.

Representaos, Señores, á una Jóven de diez y seis años que acaba de dejar los techos que la vieron nacer; que sube al Trono llena de ternura, y de amor ácia aquellos Españoles, cuya lealtad era uno de los proverbios de su País; y de repente oye gritos sediciosos, que se prolongan por todas las bóvedas de Palacio; que sale, y vé una muchedumbre desenfrenada invocar la libertad, y encadenar á su dulce Esposó: proclamar la independènciã, y convertir las Magestuosas habitaciones de los Reyes de Castilla en una horrorosa prision, en donde se notaban las palabras, se recogian los suspiros, y hasta las lágrimas; este último recurso de la desgracia, aparecían crimi-

nales á los ojos de la revolucion: acordaos de aquellos dias aciagos, en que ésta respiraba, no ya insultos, amenazas, atropellamientos; sino sangre, y cadahalsos, y horrores, y muertes: notad la impresion que hacen en el corazon de la REINA hasta el extremo de poner en peligro su preciosa vida; y ved como en medio de tantos males todas sus quejas se reducen á pedir á Dios por los autores de sus desgracias: ved, repito, todo esto, y entonces comprendereis toda la extension de sus padecimientos, todo el mérito de su paciencia.

¡Hombres, que emponzoñasteis los primeros años de AMALIA! que tal vez acortasteis los dias de una Princesa tan amable! ¡Tiranos.....! ¿pero que palabra han pronunciado mis lábios? A mí me parece que su éco ha ido á perturbar el

silencio de los sepulcros, y que conmovidas las yertas cenizas de AMALIA, se reaniman para decirme: ¿por qué vienes á celebrar mis honras con palabras que siempre abominé? ¿por qué tratas de excitar resentimientos, que yo procuraba calmar? ¿por qué intentas mover las pasiones, cuando yo perdoné generosamente á mis opresores, y les volví bien por el mucho mal que me hicieron? Deja, deja esas expresiones por mas verdaderas que sean, y no quieras turbar la paz de mi sepulcro.

Yo reconozco vuestra voz, REINA venerable! mis respetos os siguen aun mas allá de la tumba! mis palabras no alarmarán mas ese corazon, que en medio del polvo respira todavía dulzura y bondad! Ya os obedezco! y no acordándome de aquel penoso viage que tantas

amarguras os causó; pasando en silencio el enorme crimen de Sevilla; olvidando aquellos últimos momentos, en que despechada la revolucion pareció dispuesta á cometer el último atentado, me acerco á aquel gran día, en que el Cielo quebrantó vuestras pesadas cadenas.

Lejos de mí la idea de querer atribuir este suceso á las combinaciones de una política meramente humana: yo admiro aquellos reiterados Congresos, en que los Soberanos de la Europa opusieron los principios del orden á las desorganizadoras doctrinas de la revelion: yo respeto aquellas notas, en que á nombre del mundo civilizado exigieron que se reparase el escándalo poniendo en libertad al REY, y á su moribunda ESPOSA; pero mi espíritu al contemplar un acaecimiento tan maravilloso, naturalmente

busca causas todavía mas altas.

Las Sagradas Escrituras, que comparan los alborotos de los Pueblos con las embravecidas olas del mar, nos dicen: que el Señor trazó una línea en la arena, y dijo á éstas: *hasta aquí llegareis, y aquí se estrellará todo vuestro furor*: y quién duda que este mismo ha señalado un término al desórden y á las revoluciones? En vano los hombres reúnen todo su poder para traspasarle: sus esfuerzos solo servirán para que resalte mas su impotencia, y aparezca mas visible el dedo de Dios.

Este les quita cuando quiere el espíritu de prevision y de consejo: y entonces se les pone el Sol en medio del dia, y tan ciegos como aquellos Sirios, que un Profeta llevó hasta el centro de Samaria sin haber visto ni murallas, ni

puertas, ni calles, ni casas, asi ellos mismos se dirigen á los lazos que les ha tendido el Señor. Otras veces envia el terror y el espanto, y al instante se vé temblar á hombres llenos poco antes de audacia, y de temeridad: mil de ellos huyen delante de uno, y diez mil no pueden sostenerse contra dos; y esto, dicen los Libros sagrados, porque el Señor los vendió, porque los entregó en manos de sus enemigos.

¿Se puede explicar de otro modo lo que hemos oido, lo que hemos notado, lo que hemos visto? Asi fué como el Hijo de la Francia colocándose á la retaguardia del Dios de S. Luis atravesó en un momento toda la España, abatió las fuertes murallas que resistieron al poder colossal del vencedor de Austerlitz, y arrancó á la revolucion sus ilustres Cautivos.

¡Ó Dia primero de Octubre! Dia eternamente memorable en los Anales de los Imperios! La Pátria agradecida te saluda todos los años con entusiasmo! la Iglesia regocijada te consagra al Angel tutelar de las Españas! las almas sensibles recuerdan con emocion que tus primeros rayos admiraron la virtud de AMALIA en cadenas, tus últimos la vieron brillar en medio de la felicidad y de la gloria.

Bien sabeis, Señores, que muchas virtudes, que atraviesan sin peligro los escollos de la desgracia, vienen á estrellarse contra los de la prosperidad: que nuestro corazon demasiado débil en sí, lo es todavía mas, cuando delante de él se queman algunos granos de incienso; y que, si hemos de creer á las Sagradas Letras, esta funesta herencia, que nos



recuerda el medio que empleó la antigua Serpiente para derrivar á Eva, suele pasar con alguna mas extension á sus hijas. AMALIA conservó su virtud en medio de haber estado mas expuesta que ninguna á los peligros del orgullo, y de la vanidad.

Porque ¿quién recibió tantos, y tan sinceros aplausos como esta REINA idolatrada? Ella, con mucha mas razon que el Orador de la antigua Roma, puede gloriarse de haber vuelto á sus hogares sobre los hombros de la Pátria. ¿Quién no se acuerda de aquel apresuramiento de los Pueblos para ver, admirar, y venerar en AMALIA á la virtud que volvía del destierro? ¿Quién no ha visto aquellos arcos de triunfo, aquellas flores, aquellas coronas, que cubrian los caminos desde las playas del mar hasta las

puertas de la Capital? ¿Quién no vé aquel Pueblo innumerable embriagado de alegría salir á su encuentro:..... Mas, ¿para qué recordar dias de júbilo enlutados ya por otros de dolorosa memoria? Si Madrid salió á recibir á su REINA el catorce de Noviembre de veinte y tres, ¿no ha salido tambien el diez y ocho de Mayo de veinte y nueve? ¡O! quién me diera toda el alma del Gran Crisóstomo para presentaros bajo un punto de vista escenas tan diferentes! ¡Para juntar aquellos vivas, aquellos aplausos, aquellas aclamaciones inmensas al ANGEL DE LA SAXONIA, con estos suspiros, con estas lágrimas, con estos lamentos, por la pérdida de la mejor de las Reinas! Para reunir aquel carro triunfal, con esta pompa lúgubre! aquel ostentoso aparato de fuerza y de poder, con esta humil-

de confesion de la debilidad y de la nada! aquellas encantadoras gracias, y aquella flor de la juventud, con ese cadáver que vá á desaparecer entre el polvo, y con esa muerte, que sentada sobre el lecho fúnebre, vá entonando el horrible cántico de sus triunfos, y desafiando al Universo á que arranque de sus garras la Real Víctima! Qué cuadro tan elocuente presentaría entonces á vuestra vista, y cómo resaltaría la nada al lado de todas las Grandezas de la tierra!

Pero por animado que fuese, la imaginacion de AMALIA se lo representaba todavía mejor en aquellos mismos dias de su gloria. Entonces se conoció lo arraigada que estaba la virtud en su corazon; pues lejos de abrirse á los impulsos de la vanidad, su modestia padecia infinito, y en su semblante se leia cierto

deseo impaciente de ocultarse cuánto antes á los aplausos de la multitud, y de ir á poner á los pies de Jesucristo aquellas flores, y aquellas coronas, que los Pueblos la presentaban. Esta modestia, este recogimiento interior, que es uno de los principales rasgos que caracterizan á la REINA, provenia de que las cosas mas brillantes de la tierra pasaban delante de su espíritu sin detenerse, y que su alma estaba casi siempre en la presencia del Señor: y ved aqui como se concilian aquellos ojos alguna vez lánguidos, aquellas facciones al parecer amortiguadas, aquel exterior en la apariencia frio, con aquella penetracion fina, con aquella imaginacion viva, con aquel genio elevado, con aquella alma sublime.

Quando el hombre se inclina ácia la tierra, entonces es cuando derramándose

su alma por todo el exterior anima las facciones, brilla en los ojos, y comunica al todo un aspecto de encanto y de vida: pero dadme una alma profundamente penetrada de que Dios la está mirando en todas partes, y que sus ojos registran hasta los senos del corazón: que vé la espada de la muerte pendiente de un hilo, y amenazando caer sobre su cabeza: que mas allá divisa aquel Tribunal, aquel Juez, aquellas balanzas, donde penden los destinos de la eternidad; y vereis como por mas fuego que tenga, recogida en el interior presenta por defuera todo el aspecto de la REINA AMALIA.

Y si el espíritu de esta gran Princesa, en medio del tumulto de la Corte, y de las aclamaciones de los Pueblos, estaba meditando las importantes verdades de la Religion, ¿cómo estaría cuando iba

á derramarle en presencia de su Dios? Ved con qué frecuencia, y con qué respeto entra en los Templos; cómo se distingue allí, no por la magnificencia de su tren, ni por el número de los que la acompañan, sino por aquella devoción tierna, por aquella modestia edificante, por aquella respetuosa inmovilidad, que ni aun la permite levantar los ojos de la tierra. Ved cómo hiere su pecho inocente, cómo se reprende hasta las menores faltas, cómo humilla su frente augusta ante aquel Misterio de amor, que se representa sobre nuestros Altares; y cómo quisiera aniquilarse delante de la Magestad del Rey de los Reyes, y del Señor de los que mandan.

Para conservar este fervor, se habia formado AMALIA una soledad en medio de la Córte, y consagraba á la lectura

espiritual y á la oracion ciertas horas, que ningun viage, ninguna ocurrencia impidieron jamás. Allí se alimentaba su espíritu, y cobraba nuevas fuerzas: allí se le presentaba el mundo despojado de todos sus adornos, y tan despreciable como es en sí: allí meditaba aquellos dias antiguos, y aquellos años eternos, que tantas lágrimas hicieron derramar al Santo Rey David. Las distracciones mismas de la REINA respiraban la inocencia de su vida, y la pureza de su corazon. Lecturas amenas é instructivas, pero de donde estuviese desterrada hasta la sombra del vicio, ó del error: composiciones, <sup>9</sup> que probarán siempre aquel intenso amor, que profesaba á su Dios, á su Religion, á su Esposo y Rey; tales fueron las vacaciones de sus ejercicios de piedad.

Cuando se cansaba de leer, no se desdeñaba de imitar aquella muger fuerte, á quien alaba la Escritura; y sus Reales manos se emplearon muchas veces en obsequio del culto del Señor, y tambien de aquellos pobres, que ocuparon siempre en su corazon el lugar de hijos. Mas no penseis, que al lado de las devociones, y trabajos de la REINA se encuentren aquellas desigualdades de humor, ó de genio que se advierten en otras personas. La virtud de AMALIA se sostuvo en todas las circunstancias de la vida; y su mayor gloria consiste en que por qualquiera parte que se mire, se la encuentra siempre la misma.

Si la consideramos como Esposa, la hallamos dulce, sumisa, obediente, no solo á los preceptos, sino tambien á las insinuaciones de su Augusto Esposo: si



la miramos como REINA, la vemos edificando con su conducta, inspirando respeto á la Religion, y á sus Ministros, conteniendo con sus egemplos, y muchas veces con sus palabras el desórden de las costumbres públicas: si la juzgamos como Cristiana, descubrimos que este título era mil veces mas precioso á sus ojos que todas las dignidades de la tierra, que observó con la mayor escrupulosidad los deberes y prácticas piadosas de la Religion, y que miraba con horror hasta la sombra del pecado, considerando no tanto la importancia del precepto, quanto la dignidad del que lo impuso.

Aquella caridad, que Jesucristo colocó al frente de todas las virtudes, coronaba tambien las de AMALIA. No hay clase de personas, no hay desgracia, no hay necesidad, que por sí misma no

lo haya experimentado. El Guerrero, que habiéndose inutilizado en el servicio de la Pátria, no podía sustentar su numerosa familia, no se presentaba jamás sin que volviese lamentando su antiguo vigor para poder formar en los campos de batalla, y exponer de nuevo su vida por una REINA tan generosa. La infeliz, que con un tierno esposo habia perdido los medios y las esperanzas de subsistir, no refería su triste situacion sin recibir socorros tan abundantes, que detenian sus lágrimas, y la hacian dudar si realmente habia muerto el que la consolaba. El huérfano, esta palabra que tanto imperio tiene sobre un corazon cristiano, conmovia extraordinariamente el de AMALIA, y sus entrañas como que se abrian para adoptar á estos hijos de la desgracia.

Mas el remedio de las necesidades

privadas no era bastante para satisfacer su ardiente caridad, y así descendía con frecuencia á esos vastos teatros de las miserias humanas; á esos Hospitales, en donde se reúnen todas las necesidades y accidentes de la vida; en donde no se oye mas que lamentos, ni se vé mas que heridas, y congojas, y lágrimas, y las tristes imágenes de la muerte. En esos sitios se vió muchas veces á toda una REINA despreciar la falsa delicadeza, y emplear sus Reales manos en curar las llagas de unas, en proveer á las necesidades de otras, en servir y en consolar á todas. <sup>10</sup>

Allí era donde mas gloriosa que cuando sentada en un carro triunfal recibía con su Augusto Esposo los aplausos de los Pueblos, se derramaba su alma por todo el exterior, y se descubrían

aquellas facciones enteramente divinas. Las infelices, que cansadas de vivir invocaban poco antes á la muerte, sentían minorarse sus males, y renacer el deseo de la vida para admirar por mas tiempo aquel Angel que tanto las consolaba. ¿Y quién sabe si en estos piadosos ejercicios recogió las semillas de la enfermedad que la precipitó en el sepulcro, y si algun dia un Orador afortunado os la podrá representar como Mártir de la caridad?

La tierra no era digna de poseer mucho tiempo una alma tan pura: el Cielo que la reclamaba, dispuso que la mayor parte del Pueblo Español viese por sí mismo unas virtudes tan eminentes, y que las Provincias participasen de los bellos egemplos, que tanto habian influido en las costumbres de la Capital.

Todavía me parece estar leyendo aquellas relaciones llenas del entusiasmo, que experimentaban los Pueblos al pasar una REINA tan piadosa: todavía me parece oír que espantado el vicio se cubria con los velos del pudor, para poder sostener unas miradas, que solo eran terribles al desórden, y á la impiedad: todavía me parece ver aquel apresuramiento de todas las clases del Estado, para ir á contemplar una virtud tan ponderada, y la admiracion con que despues nos repetian aquellas palabras de una REINA famosa á un REY todavía mas célebre: *Mayor es la realidad que quanto nos habia contado la fama.*

Pero ¿quién habia de creer que todas aquellas pompas, y aquella especie de triunfo, con que atravesó los antiguos Reinos de Aragon, de Navarra, y

de Castilla, eran como las flores con que en otro tiempo se adornaban las víctimas para presentarse al sacrificio? Que todas aquellas aclamaciones se habían de convertir luego en silencios lúgubres, y aquellas grandes fiestas en solemnidades de la muerte?

Solamente Vos, inmortal Rey de los siglos! solamente Vos, ante cuyos ojos están presentes todos los tiempos, y que para escarmiento del hombre derribais muchas veces por la tarde aquellas ilustres cabezas, que por la mañana habeis coronado! Un desastre pocas veces visto en estos climas vino á ser como el precursor de nuestra desgracia. Conoceis, Señores, que hablo de aquel terremoto que desoló la mas bella de nuestras Provincias; que convirtió Poblaciones enteras no ya en montones de ruinas, sino

en profundas simas , en donde desaparecieron hasta los escombros ; que arrebató á centenares de personas , y dejó en la indigencia y en la orfandad á innumerables familias poco antes opulentas.

El tierno corazón de AMALIA se conmueve cual nunca á vista de estos horrores : sus ojos se deshacen en lágrimas al contemplar las calamidades de su Pueblo : sus manos siempre abiertas para dar , hacen un último esfuerzo , y como que desfallecen bajo el peso de la caridad. La muerte indignada al ver los sacrificios de una Joven para reparar sus estragos , asesta sus tiros contra ella ; y queriendo ostentar todo su poderío por medio de un horroroso contraste , en la estación mas florida del año se dirige á un sitio deleitable , <sup>11</sup> á unos jardines deliciosos , á las orillas de un Rio encanta-

dor, y en donde todo excita ideas de placer y de vida. Allí espera, allí hierre á la REINA. Mas no, no temamos que AMALIA herida de muerte, se desmienta á sí misma: ella ha honrado hasta aquí al Trono y á la Religion: ella los va á honrar todavía mas en sus últimos momentos.

Venid, venid Pueblos del Universo, hombres de todas sectas, y vosotros particularmente los que decís que la Religion es una fábula, la existencia de la otra vida una quimera, y que el alma perece toda con el cuerpo, venid á ver como muere una REINA cristiana. Si esta gran PRINCESA se hubiera educado en vuestras escuelas, si adoptando vuestras máximas se hubiera dado priesa á satisfacer sus pasiones, sorprendida y aterrada en este momento acudiría á vosotros, y vo-



sotros le presentariais por todo consuelo el espectro de la nada: en medio de sus agudos dolores ella le invocaría con todas sus fuerzas, y en su lugar se le presentaría un Dios vengador, un Tribunal espantoso, la eternidad con todos sus horrores, y llena de terror, y de remordimientos hubiera espirado entre los furiosos gritos de la desesperacion: pero AMALIA ha creido siempre en Dios: las Leyes santas dirigieron constantemente los movimientos de su corazon: sus dias se han pasado en el servicio del Señor, y en la práctica de las virtudes cristianas; y en esta hora tan temible para todos los hijos de Adan, es cuando ella experimenta lo dulce que es el no haber caminado jamás por las sendas del impío.

Lejos de temer la aproximacion de

la muerte, dá gracias al que le advierte su llegada: lejos de pedir, como en otro tiempo un Rey de Judá, la prolongacion de sus dias, acepta el morir con aquella profunda resignacion con que poco antes habia aceptado el Trono de las Españas: lejos de creer como los cristianos débiles, que avanza la muerte cuando se reciben aquellos Sacramentos que la Iglesia nos presenta como la última prueba del amor de su divino Esposo, AMALIA los pide con instancia, los recibe con tanta fé, y tanta edificacion, que arranca las lágrimas de una Côte; y fortalecida con nuevas gracias, se manifiesta superior á los dolores, á la enfermedad, á la muerte misma.

Su voz moribunda <sup>12</sup> se reanima para proclamar á Jesucristo Autor de aquella vida, que nunca se acaba: sus brazos

desfallecidos no saben desprenderse del adorable signo de la Redencion: sus ojos medio eclipsados se clavan en aquel Divino Jesus , con quien siempre habia deseado vivir y morir: su alma escucha con emocion aquellas tiernas oraciones, y aquella consoladora recomendacion con que la Iglesia despide á sus hijos , y desprendiéndose del cuerpo se presenta llena de esperanzas á las puertas de la eternidad:..... Asi mueren los justos , asi ha muerto MARIA JOSEFA AMALIA.

La opinion pública , como que se quiere adelantar al juicio de la Iglesia, y sin recelo alguno la coloca ya en la Gloria : los Españoles , los Cristianos todos , al paso que lloran una pérdida tan grande , se consuelan con la dulce esperanza de que trasladada á Regiones mas felices no se olvidará jamás de aquel

ESPOSO y REY, á quien tanto amó: de aquel Trono, á quien ha honrado con sus virtudes; y de estos Países, á quienes edificó con sus egemplos, y con su vida irrepreensible.

¿Y creeremos, que una virtud tan pura, y tan sostenida no tenga relacion alguna con nosotros? Nos persuadiremos de que una ciega casualidad la ha colocado en un puesto tan alto, y esto en un siglo, que tanto se ensangrienta contra la Religion, y contra los Tronos? Reconoced vuestro error, hombres extraviados! y despues de haber recorrido en vano vuestras filas para encontrar una alma que pueda entrar en paralelo con la grande AMALIA, decid, como en otro tiempo los Magos de Faraon, *el dedo de Dios está aquí*: despues de haber experimentado que su vida no pre-

enta flanco alguno á vuestras armas, rendidlas á los pies de la virtud; y confesad con nosotros, que una Religion que inspira virtudes tan puras, un Trono donde se han practicado, no son meras invenciones del hombre, sino que interviene en ellas la diestra del Omnipotente.

Pero si acaso os detiene esa desigualdad de condiciones necesaria en el mundo, y que se encuentra hasta en los Cielos, venid y paraos un momento á las puertas del sepulcro. Ved como aquel mismo Dios que eleva á los Reyes, los abate á su tiempo, y los confunde con los mas infelices de la tierra: ved ahí una República de perfecta igualdad, en donde están niveladas todas las clases, donde no se admite distincion alguna, y donde no se reconocen mas títulos que=

*HIJOS DEL DELINCUENTE ADAN.*

Ved como el poder, las riquezas, y hasta la misma Sabiduría desaparecen entre la ignorancia, la indigencia, y la debilidad: como el Guerrero entrega su Espada, el Sábio su Anillo, su Libro y su Borla, los Reyes sus Cetros, y hasta los Pontífices su Tiara; y como enteramente degradados se inscriben en aquella numerosa Lista, que debe contener los nombres de todos los Súbditos de la muerte: ved, en fin, como ni las gracias, ni la juventud, ni las virtudes, ni las Coronas de AMALIA han podido ablandar aquel monstruo inexorable. Y no, no creais, ó por mejor decir, no creamos, Señores, no creamos que se dilate mucho este momento; pues á despecho nuestro el torrente de los siglos nos arrastra sin cesar ácia esos insondables abismos, en donde todos entran, y















87.34